

en la responsabilidad llamará asimismo la atención sobre la aceptación voluntaria de la autonomía, una opción que no pocas veces es eludida por debilidad o cobardía.

A tenor de todo ello, no es extraño que, para Daniel, Camus encarne la mejor posibilidad del intelectual del pasado siglo, alguien presto a hablar en nombre de valores universales para cuestionar radicalmente las injusticias del presente. En Camus el concepto de compromiso no es tanto un concepto político que haga hincapié en los deberes sociales del escritor, es decir, su obligación moral

de comprometerse con la sociedad en la que le ha tocado vivir, cuanto una concepción filosófica extremadamente sensible a la importancia del lenguaje, de toda palabra viva. De ahí que no haya compromiso del escritor que no sea una apología indirecta de la literatura. Para Camus, y como sabía Platón, el lenguaje no es inocente, sino un arma útil para mejorar el mundo. -GERMÁN CANO.

**Jean Daniel**, *Camus. A contracorriente*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2008.

## Si te dicen que Marsé

**P**OR fin, Juan Marsé ha recibido el premio Cervantes. Sin duda novelas como *Últimas tardes con Teresa*, *Si te dicen que caí* o *Un día volveré* son ya, de un modo incontestable, obras fijas en cualquier posible canon de la literatura en lengua castellana.

Aquellos que leen («leer es releer, lo demás es mero informarse»), como certificó certeramente Jaime Gil de Biedma -tan cercano a nuestro autor- tienen en Juan Marsé uno de sus novelistas de cabecera, ahora que el siglo veinte se va diluyendo lentamente en eso que se ha dado en llamar historia. Nadie como Marsé para escribirla «frente a la versión oficial trapacera», como declara en la entrevista que aparece en el **DVD** que inclu-

ye esta edición bajo el título *Un jardín de verdad con ranas de cartón* y que enriquece su contenido con las palabras de un autor habitualmente poco dado a apariciones públicas, además de añadir una lectura y una narración en boca del escritor.

En el prólogo a esta antología de textos, Ana Rodríguez Fischer (profesora universitaria, crítica literaria y, dato no baladí, escritora) razona el impulso y la nostalgia que la llevaron a pergeñar este libro y sólo podemos disentir de lo limitado, según escribe, de sus posibilidades puesto que a la vista está el resultado «polifónico, plural y poliédrico», en palabras de la propia antología durante la presentación del libro.

*Ronda Marsé* aparece, y no es casualidad, en **Gandaya** Ensayo, donde hemos podido celebrar, desde el principio de su andadura, libros sobre Enrique Vila-Matas, Ricardo Piglia y Roberto Bolaño. Tal y como se ha apuntado en otros lugares, esta colección no hace sino aumentar nuestra nostalgia por otros proyectos editoriales como la colección «El escritor y la crítica», que parece complementar en parte.

A partir de ahora disponemos de una antología de 78 textos donde encontrar conjugada la urgencia de la crítica presentada en los periódicos con el rigor de la reflexión presente en las revistas más o menos especializadas y el calado del estudio académico. Capítulo aparte se merecen los textos de los escritores; alguno escrito o revisado para esta edición.

Si buena parte de la biografía de un escritor es su obra, y más en el caso de Marsé, en *Ronda Marsé* seguimos, libro a libro, la producción narrativa del autor; pero previamente podemos leer los dos autorretratos que escribiera en distintos lugares pero con el mismo tono. En ellos descubrimos más la ironía para consigo mismo que la piedad que reserva para sus personajes. Personajes que más de una vez de tan vividos se nos antojan algo más que vivos. Algo que tal vez parece que se va perdiendo en generaciones de narradores posteriores -lo apunta, por ejemplo, Nora Catelli-

Sigue a los autorretratos un apartado titulado «Semblanza humana y literaria de Juan Marsé». En él nos encontramos con un compañero de generación como el tan llo-

rado Manuel Vázquez Montalbán que nos acompañará a lo largo de todo el libro con distintos testimonios de su sintonía con el autor, para él «escritor singular y obligatorio», de quien escribe «la novelística de un escritor de fondo y no prolífico, como es Marsé, debe ser valorada como un sistema totalizador en el que cada novela desempeña una función significativa al servicio de una comprensión total». También están presentes críticos y teóricos como Joaquín Marco, que también repite más adelante, quien junto a otros (Luis Izquierdo o la propia Ana Rodríguez Fischer) destaca el recurrente paisaje urbano y moral del autor; o José Carlos Mainer, que considera que *Últimas tardes con Teresa* es «un primer cerco al espacio más densamente novelesco que ha dado la literatura española en los últimos veinticinco años. Leemos de escritores como Enrique Vila-Matas, «el escenario de los libros de Marsé es un barrio mental muy amplio, mundial», que constata, y no es el único, la creación de una topografía literaria equivalente al Yoknapatawpha de Faulkner; Félix de Azúa, «Es un escritor delicado, lírico, en absoluto realista, en todo caso impresionista»; o Benjamín Prado, «desciende a nosotros y luego nos cuenta lo que ha visto. Por eso su obra es tan grande y está tan cerca». Rosa Regás destaca su «humanismo»: «Marsé nunca utiliza el hacha para la crítica feroz sino la ironía, a veces la compasión, tal vez porque su extraordinario talento le dice cuan inevitables son las actitudes menos encomiables».

A las siguientes palabras de Francisco Umbral: «el miniaturismo de talabartero de la prosa llega por la minucia sutil a la alucinación», se opone el testimonio de Joan de Sagarra, quien recoge las siguientes consideraciones de Marsé sobre Umbral: «No es novelista. Es prosista, de esa prosa de sonajero. No me interesa».

Sigue la recepción de las obras del autor siguiendo un orden cronológico, evitando la «repudiada» *Esta cara de la luna*. Casi repudios, por tono o contenido, parecen las críticas de *Encerrados con un solo juguete* y alguna de *Últimas tardes con Teresa* (a su autor dedicó Marsé uno de sus retratos publicados en la revista *Por favor*).

Luis Izquierdo -que aparece, como Marcos Ordóñez, en la entrevista incluida en el DVD- compensa esta tendencia al analizar la novela con su rigor y profundidad acostumbrados; destacando el preludeo inicial de la novela y sus citas, que también comenta Carme Riera en un texto excelente sobre las influencias literarias entre Marsé y Gil de Biedma. En la nómina de los escritores, de Vargas Llosa se reproduce un célebre, como suyo, texto: «Una densidad, una vibración que rompe las fronteras que les impuso el autor». Antoni Vilanova constata «el escarnio y la ridiculización de los más sagrados mitos del progresismo ideológico en su doble vertiente proletaria y burguesa». Esta apreciación también puede servir, por ejemplo, para dos textos bien distantes en el tiempo como son *La oscura historia de la prima Montsey* *El amante bilingüe*, objeto de un completo estudio narratológico de Adolfo Sotelo Vázquez.

Una obra maestra como *Si te dicen que caí* se celebra en palabras de Rafael Conté, «una novela realista, de una fuerza insólita y cruel, de una desbordada poesía, uno de los libros más poderosos de nuestra narrativa de todos los tiempos»; y las de Rafael Chirbes, elaboradas a partir de la propia experiencia que el escritor nos narra, «la revolución lingüística está al servicio del propósito narrativo y la tensión estética es sólo una necesaria reordenación de la ética» (Francisco López, más tarde, abunda sobre ello). Después señala como «Marsé llega a las cotas más altas de la literatura culta por consecuente radicalización de lo popular».

Para *La muchacha de las bragas de oro*, escritores como Carlos Barral, editor y amigo, o Carmen Martín Gaité, que habla de la técnica del «embalsamamiento», dan bien a las claras claves para comprender mejor la labor del novelista.

A partir de las críticas de dos obras maestras, a pesar de sus diferentes extensiones, como son *Un día volveré* o *Ronda del Guinardó*, constatamos la consideración de parábolas que empiezan a tener los textos del autor por parte de algunos comentaristas. Esta consideración empieza, desde entonces, a formar parte de la valoración de muchas obras del autor.

*Teniente Bravo* y *Cuentos completos* motivan una excelente teoría del cuento de la mano de Nora Catelli. Sobre *El embrujo de Shangai* Víctor Erice escribe unas interesantes páginas donde analiza la complementación de los dos soportes narrativos que son las novelas y las películas. Conviene recordar la radical con-

cepción «cinemática» de toda la obra de Marsé: «Me gusta más trabajar con imágenes que con ideas» declara en la entrevista antes citada. Y también tiene palabras para los, por él llamados, «peliculeros». *Rabos de lagartija*, considerada obra mayor, y *Canciones de amor en Lolita's Club* cierran el libro, que incluye una completa bibliografía.

Por todo lo apuntado, creo que nos encontramos ante un conjunto impecable, que sin duda precisará de pronta ampliación con algunos de los textos publicados con motivo de la concesión del premio Cervantes. -JOSÉ CATASÚS.

*Ronda Marsé, Edición de Ana Rodríguez Fischer, Canet de Mar, Candaya, 2008.*

## Cómo no leer y por qué

HASTA hoy me consideraba un crítico consecuente. Así que, como podrán imaginar, lo primero que se me ocurrió cuando me propusieron reseñar este libro fue no leerlo. Pero no tardé en darme cuenta de que no era algo tan original como yo pensaba escribir sobre un libro que no se ha leído. A fin de cuentas, todos los críticos lo han hecho en alguna ocasión, y para algunos hasta es probable que sea su práctica habitual. De manera que, como el asunto me interesaba, hice lo que suelo hacer, y leí el libro. Yo tengo tendencia a tomarme las cosas literalmente, no valoro demasiado las sutilezas y las provocaciones no siempre las entiendo. Así que si alguien me dice que no aprecia en modo alguno la lectura y que no tiene tiempo para dedicarse a ella, no sólo me lo creo, sino que me parece un tipo sincero. ¿Por qué iba a mentir? Que el sujeto en cuestión sea un

profesor universitario, conocido sociólogo y autor de unos cuantos libros, no le quita verosimilitud a su afirmación. Como mucho le da cierto dramatismo. Por lo demás, ¿quién tiene tiempo hoy para leer? Confesar que se tiene tiempo para leer es como confesar que uno es un pobre tipo sin imaginación, asocial y acomplejado, y seguramente sin amigos y sin trabajo. No veo por tanto qué necesidad hay de fingir que se ha leído un libro, a no ser que uno busque el desprecio de los demás, cosa ésta menos rara de lo que imaginan. Por lo que a mí respecta, cuando alguien habla de un libro que *sí he* leído -pues he leído algunos, no me avergüenza confesarlo-, suelo negar haberlo hecho. Y a la pregunta de si me gusta leer, siempre respondo que no. ¿Una perversión? En cualquier caso más sana que fingir que se ha leído lo que no se ha leído. Dicho lo cual, y para empezar con la